

Fran Oteiza

EL HILO

He descubierto que en mi trastero vive una araña. Esta mañana, cuando fui a guardar la cuerda de escalador que acababa de comprar, la sorprendí suspendida de un hilo a la altura de mis ojos. Nos miramos. Era pequeña y sus extremidades eran de un tamaño desproporcionado respecto de su cuerpo. De inmediato, trató de escapar ascendiendo por el cable hasta la rejilla del techo y ocultarse en su nido. Los movimientos de sus patas eran precisos como los de un artilugio mecánico. Su instinto la empujaba a huir inopinadamente, sin dudas, sin miedo. Su vida apostada a si el trenzado del hilo soportaba la tracción de sus patas. Me maravilló —una vez más— esa eficacia con la que la selección natural conduce a las especies, ese ser era un prodigio evolutivo; pero en aquellas circunstancias, con un gigante vigilando sus movimientos, confeccionar hilos de perfecta verticalidad no era suficiente. Esas extraordinarias aptitudes de cazador implacable no valían de nada frente a mí, su vida dependía simplemente de mi parecer. Hace tiempo, hubiera tenido el impulso de remostarla con un aplauso, con soberbia, con pompa y boato, como un músico golpeando los platillos durante la marcha Radetsky, y después hubiera observado su cadáver aplastado en la palma de mi mano, fino como una hoja de papel, un revoltijo de órganos y patas recubierto de verdosos jugos internos. Pero no lo hice porque admiraba su maestría y esa firme determinación por sobrevivir. Llegó hasta la rejilla, fuera de mi alcance, y se ocultó. Se había salvado y eso me hizo feliz.

He pensado mucho en la araña desde entonces. Siento como si aquel diminuto ser fuera, en cierto modo, una metáfora de mí mismo. Tengo la urgente necesidad de escribir sobre ella. He vuelto al trastero, pero no la veo. Sé que está ahí, escondida en el interior de una rendija mientras me observa y mi imagen se multiplica en sus cuatro pares de ojos. Evalúa si soy una amenaza. Aunque nos percibimos mutuamente, habitamos mundos dispares, lugares ininteligibles entre sí, y aunque no podamos llegar a concebir que es lo que somos, por mucho que se esconda, yo puedo exterminarla. Para ella, soy un Dios, tangible, real, y su vida depende de mi divino deseo.

Estoy derrumbado en el sillón, mirando un televisor apagado, sintiéndome estúpido al creer que en esa pantalla negra hay respuestas que no alcanzo a desvelar, obsesionado con una maldita araña. Pienso en el trastero donde nunca sucede nada, en los esporádicos haces de luz que se filtran por la rendija de la puerta, en cómo estos iluminan las partículas en suspensión que centellean por un instante, en el polvo que se va posando atraído por la estática de los recuerdos, en el aire que se espesa hasta convertirse en una sustancia viscosa, en la inutilidad de esa jaula, y en la araña, reina en la desolación. Entonces, en un momento impreciso de la eternidad de un trastero suburbano, una araña se descuelga con sutileza y elegancia. Desciende atravesando los haces de luz que durante un instante la delatan y de inmediato vuelve a desvanecerse. Tiende su cuerda, firme, elástica, irrom-

pible, desde el techo hasta el suelo. Los ojos de la araña escrutan cada uno de los rincones en busca de alimento. Alcanza la superficie y se posa sobre la caja donde ciertos libros de adolescencia sufren su destierro. Se mantiene a la espera, en acecho, preparada para devorar sin compasión a cualquiera de los insectos que conviven en su universo de lo diminuto. Puede parecer despiadado, pero no es justo reprochárselo, es su condición natural, matar para alimentarse, no puede hacer otra cosa, está grabado en sus genes. Los demás consideran que es crueldad, para mí es una lucha legítima por la supervivencia. Envidio la indiferencia con la que devora a sus víctimas, sin remordimientos ni vergüenza, esos defectos que merman la capacidad de matar, y ella no se puede permitir el fracaso, si yerra en el más mínimo de los detalles morirá sin remisión. La derrota es inadmisibile.

Las paredes de mi trastero se alzan convirtiéndose en descomunales muros. Me traslado al mundo de lo diminuto. Mi cuerpo encoge hasta ser del tamaño de un dedal. Estoy aferrado al hilo de la araña que cuelga del techo de mi trastero. Desciendo con ligereza, agilidad y precisión. Me preocupa que la araña me espere al final del hilo, pero presiento que no está allí, que ya no vive en el trastero. Esa cuerda separa la vida de la muerte, es una sensación que me produce un intenso placer sexual. El hilo aguanta, no tengo nada que temer, es imposible que se rompa, estoy salvado, ya nunca más voy a volver a fracasar. No puedo respirar. Alcanzo el extremo, miró hacia abajo y veo mis pies colgando, y el suelo del trastero se ha volatilizado, y sobrevuelo la superficie de la tierra como si viajara en globo, y allí están las personas que he amado, y también a los que he odiado, y aquellos que me han odiado, y estos últimos son muchos más, y me río de ellos porque ahora soy invulnerable. Me ahogo. La cuerda está bien anclada al techo, se bambolea, pero soporta el peso. Soy feliz. Me he salvado.

